

**Prólogo de  
Ramón Serrano Suñer**

**B. Félix Maíz**

**MOLA, AQUEL  
HOMBRE**

**Diario de la  
Conspiración  
1936**



**editorial  
PLANETA  
BARCELONA**

# MOLA, AQUEL HOMBRE

## Diario de la conspiración 1936

*Autor: B. Félix Maíz*

*Prólogo de Ramón Serrano Suñer*

En el invierno de 1936 el general don Emilio Mola Vidal era nombrado jefe de la 63 Brigada y gobernador militar de Pamplona. Allí sistematizó desde el primer día, sin pérdida de hora, sus trabajos de conspirador –iniciados en Marruecos– movido por el espectáculo crítico, disolvente, amenazador, que ofrecía la sociedad española bajo el Gobierno del Frente Popular. Pronto en los círculos militares –aún muy reducidos– por los que la conspiración se extendía, Mola fue conocido con el nombre de “El Director”. Suya era la iniciativa, suyo el trabajo de la coordinación de voluntades, suyo, en fin, el mando supremo de la organización en marcha. Pronto comprendió Mola que un trabajo tan peligroso y delicado como el suyo exigía colaboradores que fueran al mismo tiempo personas de buen temple y discretos. Ni la ambición ni la vanidad del protagonismo figuraban entre sus defectos humanos, y era necesario que tampoco los tuvieran los agentes de su confianza.

Necesitaba Mola con urgencia un confidente especial, un enlace, un hombre seguro que, sencillo y sin relieve, pudiera pasar desapercibido y fuese al mismo tiempo despierto, convencido y valiente. Un “particular” que ni por su actuación política ni por su grado militar pudiera hacerse sospechoso. A estos efectos, uno de los oficiales de la confianza del general le sugirió el nombre de un amigo suyo que reunía las condiciones exigidas. Este hombre se llamará: Félix Maíz: un pamplonica honrado, inteligente, discretísimo, firme de carácter y nada inclinado a las fanfarronerías y las exhibiciones. Pronto recibió Mola a Maíz en su despacho y éste le preguntó “de que se trataba, ¿cuáles eran los propósitos del general?” Mola le expuso su plan con toda claridad: una parte importante del Ejército se mostraba proclive a cortar, con un acto de fuerza, el proceso de descomposición, agudizado desde las elecciones de febrero, y a imponer el orden. Maíz, a la vez que escuchó con gran atención, apreció en Mola los rasgos del jefe paciente, meticoloso, resuelto y abnegado que se necesitaba para el caso, y cuando el general terminó de hablar Maíz se limitó a decir: “Bien, don Emilio, estoy dispuesto a servirle en lo que mande”; y así, pronto, se convirtió en el testigo más importante de los trabajos conspiratorios que tendrían su consumación en el Alzamiento militar extendido por el norte de África y por toda la Península –con éxito en unos casos y con fracaso en otros– entre los días 17 y 19 de julio de 1936.

A lo largo de aquella peligrosa conspiración, Maíz fue para “El Director” un colaborador eficaz y seguro que, de día en día, iría anotando en su memoria los datos que se consignan en este libro, de incuestionable importancia histórica, y en el que se refleja la creciente admiración que el colaborador iba cobrando por “El Director”, y los fundamentos de una fidelidad que cuarenta años después no ha sufrido enfriamiento ni

eclipse. Por eso, entre ponderativo y nostálgico, este libro lleva por título una exclamación: “MOLA, AQUEL HOMBRE.”

Estoy seguro de que el lector –cualquier lector curioso– encontrará apasionante este relato, que es al mismo tiempo una semblanza, un anecdotario y un análisis histórico. Para leerlo con provecho conviene, como yo he procurado hacer, dejar en suspenso, o aparte, todo juicio sobre la naturaleza y finalidades de la empresa; sobre la ideología e intenciones del protagonista, y sobre los resultados prácticos que de aquellos trabajos se derivaron. Procediendo de este modo, tanto los que consideramos el 18 de julio como una de las altas ocasiones de la Historia contemporánea de nuestro país, como los que lo consideran la interrupción de un proceso histórico, podrán convenir en dar la razón al autor de este libro en lo que a él le interesa especialmente poner de relieve: la valoración de las cualidades que acompañaron al general Mola en su empresa conspiratoria: valentía y audacia, paciencia y secreto, ingenio, honradez, serenidad y total entrega de su persona; esto es, el hombre considerado en un plano moral, y la empresa considerada en sus aspectos tácticos y técnicos, casi como una obra de arte. Todo ello adquiere en el libro escrito por Maíz un valor indiscutible.

De que el testimonio no es gratuito ni subjetivamente deformado por él, yo mismo puedo dar fe en alguna medida. No conocí a Maíz hasta bastante después de iniciada la contienda, pero lo que él cuenta sobre su proximidad a Mola y de su colaboración con él, lo escuché de labios del propio general, que, aun siendo hombre de expresión parca, no regateaba ponderaciones sobre la importancia decisiva de la colaboración de Maíz y sobre su identificación con él como confidente cotidiano: “Ha sido, en las horas difíciles –me dijo–, mi brazo derecho.” Por otra parte diré que, ya iniciada la conspiración, el general Cabanellas, jefe entonces de la V División Orgánica –Zaragoza–, y yo diputado a Cortes por aquella capital, tuvo interés en que transmitiera a sus compañeros su favorable disposición con lo que Mola preparaba, y cuando más tarde se produjo –en el kilómetro 91 de la carretera entre Pamplona y la capital de Aragón– la primera entrevista entre los dos generales fue Maíz, con dos oficiales del Ejército –los capitanes Vicario y Lastra–, quien la preparó según mis referencias directas, que se ajustan rigurosamente a la versión que Maíz da de los hechos con toda exactitud.

Por otra parte, la precisión de los datos aportados por Maíz tiene aún otra garantía: Mola era un hombre metódico, meticuloso y ordenado que tomaba muchas notas (esa meticulosidad admiraba a José Antonio Primo de Rivera, que en dos ocasiones hablando de él me dijo que tenía el estilo de trabajo de un general alemán), y esas notas, por exigencias de seguridad, se tomaban en cuadernos, papeles o libros diversos que con frecuencia le eran confiados a Maíz, el cual ha podido, también, tener acceso a la mayor parte de las claves usadas por “El Director”. El valor documental del libro –libro de testimonio muy directo– resulta por lo tanto incontestable.

“¡Aquel hombre!” ¿Cómo era aquel hombre? Maíz nos lo va diciendo en el libro metódicamente y sin declamaciones adulatorias, aunque sin ocultar jamás la admiración nostálgica que le merece el personaje, su “don Emilio”, como así le llamó siempre.

Que Mola era un hombre valiente no hace falta decirlo. La dirección de la conspiración, siendo el general más vigilado del Ejército, era casi temeraria. Pero el

valor quedaba corregido, y aquí aumentado, por la serenidad, la cautela y la falta absoluta de vanidad. El tiempo diría que, además, ese valor no se acompañaba de ninguna ambición personal de poder. Mola fue humilde y, cuando era el árbitro de todo, dejó pasar delante de él a las personas que a su juicio le aventajaban en algún aspecto. No hay que desdeñar ciertamente este dato pues un valor personal que no se acompaña de la vanidad, ni de ambiciones o pasiones personales, constituye un hecho singular. Cuando un hombre como él se lanza a tomar sobre sí el primer papel, el de mayor responsabilidad, en la hora más peligrosa y oscura, y luego lo cede en la ya encaminada y brillante –cuando todo está en marcha–, hay que pensar que el motor de esa acción no es –como se ha dicho alguna vez– la indecisión o la flojedad, sino la inteligencia y sobre todo la honradez.

En la hora y día en que escribo estas líneas ese aspecto del carácter de Mola –la honradez–, tan bien ilustrado por el anecdotario de Maíz, me parece de especial importancia, y creo que insistir sobre él es un deber. Inteligente, sereno, realista, durante la conspiración Mola no incurrió nunca en recelos, prevenciones o precauciones por motivos de carácter personal. No se trata ya solamente de haber pensado en Sanjurjo como jefe del Movimiento, o de haber facilitado el acceso de Franco al primer puesto de mando, pues mucho antes había defendido la pertinencia de sumar a la conspiración –contra todo prejuicio– a personas que habían de jugar luego un papel decisivo como fueron los casos de Cabanellas y de Queipo de Llano especialmente éste– quienes a otros elementos de la conspiración les inspiraban recelos. Para él esos hombres eran piezas necesarias del difícil rompecabezas de la conspiración y no le importaba nada los obstáculos que luego pudieran representar para él mismo. Fui testigo, en una ocasión, de su insistencia en uno de esos casos contra la opinión de otro general. Para él, lanzado a la empresa, sólo contaba el cálculo de probabilidades a favor de la misma; las miras personales –simpatía o antipatía– quedaban de lado.

En otro orden de cosas Mola era un hombre singularmente –casi diría que excepcionalmente– escrupuloso. Practicaba e imponía la sobriedad; detestaba el despilfarro, la mala administración y el boato, mientras le preocupaba muy seriamente la pobreza del pueblo, que era la referencia comparativa para su puritanismo moral. Durante la conspiración repasaba las cuentas de viajes y comidas y no pasaba por un gasto innecesario o excesivo. Ya tiempo atrás, mucho antes de la conspiración, había demostrado siempre aquella sensibilidad austera incluso en anécdotas que hoy parecerán ingenuas y desde luego sorprendentes. Referiré ésta: Mola –que había servido con la más abnegada lealtad a la monarquía en un puesto de muy ingrata responsabilidad en el penúltimo de sus Gobiernos, sufriendo por ello las consecuentes represalias– algún año antes, en ocasión que acudía con otros generales, Franco entre ellos, a la Estación del Norte a despedir a don Alfonso XIII que partía de viaje en el tren real, dijo a sus compañeros: “Si, todo esto está muy bien, pero la movilización del tren real es algo que resulta demasiado caro.” (¡!)

Ya en plena guerra, hay sobre todo una anécdota emocionante y reveladora, que Maíz consigna en este libro y que de ninguna manera puedo resistir la tentación de anticipar aquí:

“Era bien entrada la noche del 7 de marzo de 1937 cuando el general Mola, acompañado de su ayudante de campo el teniente coronel Gabriel Pozas, llegaba al despacho de su Jefatura en el Cuartel General del Norte en Valladolid, y dejando su cartera –con notas y planos– sobre la mesa de trabajo dijo a su ayudante: “Bueno, que me despierten a las seis.”

“Estaban allí el entonces coronel don Juan Vigón, jefe de su Estado Mayor (por el que tenía el general la más alta estimación), el corresponsal de guerra Ruiz Albéniz – el Tebib Arrumi– y el enlace particular del general (Maíz). Parece que los tres habían tenido (escribe Maíz) el mismo pensamiento. El general –sigue anotando Maíz– está preocupado, muy preocupado, lo dice su cara. (Parece que sufrió una cierta crisis de cansancio y de desilusión.)

“–Mi general, ¿qué tal por Astorga? – pregunta Vigón.

“–Vaya... – contesta Mola.

“Sin duda –advierte el autor– Mola quiere cambiar de su conversación y se dirige a su enlace cerrando su pequeña agenda en la que ha escrito tres o cuatro líneas.

“–Apunte, apunte –dice (a Maíz) – para su libro. Hoy, 7 de marzo, viaje a Salamanca y en unión del Generalísimo viaje a Astorga para la conferencia con Aranda.

“Y sigue diciendo Mola:

“–Hoy se ha celebrado la 52 entrevista con el Generalísimo Franco a partir del día 13 de agosto en que fui a Sevilla por primera vez. Ahora vengan cosas del día –dice dirigiéndose a Vigón.

“–Un montón –contesta don Juan–, pero ninguna de bulto, mi general. Todo va por su camino. Mañana...

“–Hoy... –dice el general, consultando su reloj–. ¿Qué pasa, Tebib?

“–Mi pensamiento de hoy, mi general, es curioso. Quisiera saber qué piensa hacer usted el día de mañana cuando se le acabe este continuo danzar día y noche por tierra y aire.

“–Pues mire usted, Tebib. Lo he pensado, aunque sea pura imaginación pues ello queda lejos de ser posible. Verá. Si esto se gana... he pensado en una casa rústica por fuera y cómoda y alegre por dentro. Cinco hectáreas de tierra cultivable. Una yunta y dos vacas en la cuadra, más un caballo de buena ambladura. Papel de escribir. 200 libros viejos y lo que valga la pena de los nuevos. De vez en cuando la visita de un amigo, a ser posible la de un compañero de armas. Un buen estudio fotográfico. Periódicos del día. Y todo ello en Navarra, cerquita de Pamplona por si entra, que no entrará, la nostalgia del trato de gentes. Pero siempre en Navarra. ¿Qué le pasa, Tebib...? Se ha quedado usted de una pieza. Es mucho soñar ¿verdad?”

Cualquier persona sensible leerá hoy con emoción y hasta con asombro estas palabras, como si se tratara de algo que está fuera de este mundo nuestro. Todo aquello era el premio con qué soñó “El Director” de la conspiración, el que se jugó, durante ella,

todos los días, la libertad y aun la vida, el jefe del Ejército del Norte, la segunda personalidad de la guerra y de aquel Estado campamental, como corona por su esfuerzo y su mérito, y aún lo consideraba inalcanzable, creyendo que era mucho pedir o esperar. ¡Oh tiempos!

Se explica la nostalgia de Maíz. ¡Aquel hombre! De los resultados históricos de su operación juzgará la Historia. De sus cualidades humanas da fe uno de sus primeros y más próximos colaboradores, que es un hombre de bien que siente la extraña veleidad de guardar fidelidad al amigo, al español que tuvo por modelo de virtudes y al que admiró sinceramente cuando estaba vivo y era poderoso o podía serlo, y de cuyo afecto no han podido apartarle ni la muerte, ni el tiempo, ni el relativo olvido. Lo que no deja de ser extravagante en una situación en la que los que pasaron y no pueden nada son pronto reemplazados en el cultivo civil por los vivos.

Los carlistas, que querían a Mola porque convivieron con él, tuvieron la iniciativa de poner su nombre de vencedor caído a la calle que en Madrid estuvo dedicada al general Espartero, el Príncipe de Vergara, glorificado por los liberales como vencedor en la anterior guerra civil. Pero una calle no es gran cosa y el cambio de su nombre, como mucho, sirve para mostrarnos con melancólica filosofía la vanidad frecuente de los grandes sucesos.

En rigor, el Mola que ahora quiere recuperar en toda su dimensión humana el noble memorialista pamplonés que escribe este libro (muchos años después de volver a ser lo que había sido antes de empezar la gran aventura, esto es, un particular arraigado en su ciudad que no hizo carrera política ni buscó ventaja económica) es ya un recuerdo medio olvidado.

Las guerras civiles, además de las tragedias que traen consigo todas las guerras, arrojan estos contrastes: a unos los prueba con todos los sufrimientos, les destruye o divide su vida familiar, los deja marginados en la amargura de la desilusión, de la condena o del olvido, y a otros los eleva, los enriquece, los colma de poder, los esculpe en la gloria de un momento, y hace olvidar lo que otros entregaron y perdieron. Así es, así ocurre normalmente. Pero también debe ser normal que de vez en cuando, desde la zona sumergida, un hombre titule un libro para preguntarse, discretamente, lo que pudiera haber sido y nunca fue ¡Aquel hombre!

En su honor y recuerdo –quede como ejemplo–, ya avanzado el camino de su vida, Félix Maíz publica este libro, y sirve así, además, a la justicia y a la verdad.

Ramón SERRANO SUÑER  
Madrid, 8 de enero de 1975